

Una expresión encantadora he encontrado en una carta de Cézanne: «Yo soy nodriza en el país de las ilusiones.»

Estas tres últimas páginas son de un detestable francés.

XVII

Mi querido amigo:

Un poco de indisposición y un mucho de pereza me han impedido escribirte hasta hoy. ¿Qué importa por otra parte nuestra correspondencia? ¡la falta de interés es tan poco propia para cambiar nuestras ideas! Lo más importante está en que no olvidemos que tenemos un amigo del cual conocemos el corazón. Ya ves que me arreglo á tus silencios tan prolongados y que no ridiculizo tus cartas como raras apariciones. Esperemos á estar reunidos, y entonces procuraremos conocernos de nuevo; estoy seguro de que los cambios que hayamos podido sufrir no serán un obstáculo á nuestra amistad.

Sin embargo, la pereza me pasa y comienzo una larga epístola, poco cuidadoso de su contenido, escribiendo por escribir. Es este un laudable hábito; me retraso algunos meses, hilvano novelas, después una bella mañana, cansado de soñar, me pongo á trabajar, lanzando sobre el papel los primeros pensamientos que se me ocurren. Charlemos, pues, de ésto ó de aquello: te haré volver á mi recuerdo, me volverás al tuyo; tal es mi objeto; y lo cumpliré cualquiera que sea el asunto, el cielo, el infierno, el ideal ó la realidad.

Ve mi transición encontrada, ya que la transición hace falta como pretenden los clásicos. Me hablas precisamente del ideal y de la realidad y me propones comenzar nuestra antigua discusión sobre tal tema, solamente que cambiando las posiciones; tú convertido

en idealista y yo en realista. Tal idea no sería de mi gusto; escribí según mi modo de ver y, si me examino, no encuentro ningún cambio en mi pensamiento. Me mentiría á mi mismo si te dirigiese ahora las cartas que tú me dirigías antiguamente. No puedo convertirme en realista en el sentido que das á esta palabra y haciéndome una ley de las necesidades materiales ahogar todos los arranques nobles de la criatura. Pero, como no ceso de repetirlo, he tropezado á menudo con la realidad, la conozco, y, si deseas, puedo mostrártela, dispensado de hablarte en seguida del cielo y descubrirte una estrella por cada cenagal que sondée. Lo que me irritaba profundamente en otro tiempo es esta persistencia por tu parte en no querer comprender mi filosofía. Sería inútil gritarte: «La realidad es triste, la realidad es odiosa; cubrámosla, pues, con flores; no tengamos comercio con ella, más que el que nuestra miserable humanidad exige; comamos, bebamos, satisfagamos todos los apetitos brutales; pero que el alma tenga su parte, que los sueños embellezcan sus horas de ocio.» Me respondes invariablemente que me pierdo en las nubes, que no veo, que estoy ciego. ¡No ver, Dios mío! Separo los ojos del estiércol para fijarlos en las rosas, no porque niegue la utilidad del estiércol que hace abrir mis bellas flores, sino porque prefiero las rosas, tan poco útiles, no obstante. Así me muestro á la vista de la realidad y de lo ideal. Acepto la una como necesaria y á ella me someto, según la naturaleza, pero en cuanto puedo escapar de este atolladero común, corro al otro y me pierdo en mis muy amadas praderías.

No he sospechado por un momento que en la proposición que me haces pueda haber mala fe. Me creo incapaz de hablar contra tu opinión y de divertirme con un miserable juego, defendiendo hoy lo que atacé ayer. Dejemos eso á una ciencia tan impropia-mente llamada Derecho. Al contrario, me alegró de una

cosa; puesto que defiendes el ideal es que te he convertido, y has lanzado, por fin, á las ortigas estos razonamientos pueriles sobre la necesidad de beber y de comer. Tenemos nuestros rayos y nuestras sombras, nosotros, pobres humanos. Nuestras sombras son estos lazos materiales y vitales que nos atan á la tierra, nuestros rayos estas alas que nos llevan á los cielos. Cuando el labrador, con el sudor en la frente, ha pasado la jornada en fecundar su campo, vuelve y goza de dulces horas cerca del hogar doméstico. Seamos como este labrador, mi pobre viejo, y procuremos hábilmente hacer que se sucedan los rayos á las sombras. Que el cuerpo coma, pero que el alma tenga su turno.

Entre las realidades desgarradoras que vienen á ensombrecer nuestra juventud, hay una contra la cual se destroza todo corazón generoso: la desilusión del amor. A los dieciséis años, abrigamos bellísimos sueños; bulle nuestra sangre en nuestras venas y ardemos por realizarlos. Así nos lanzamos ciegos á la persecución de nuestra quimera; la primera mujer que se encuentra es aquella que buscábamos, nuestra poesía nos la muestra tal y como la hemos soñado, y enloquecidos como estamos, nos complacemos en fijar en ella todo un porvenir de venturas. ¡Ay! ese bello cielo no tarda en obscurecerse; un día confesamos angustiados que nos hemos engañado. Pero somos jóvenes todavía, y perseguimos de nuevo nuestro ideal; amamos á nuevas mujeres, y sólo cuando hemos recorrido todos los rangos, desde la cortesana hasta la virgen, es cuando quebrantados declaramos que el amor no existe. Tal es lo que los viejos llaman experiencia, tal es lo que ellos miran como una cualidad que nos lanzan á la cara para dominar. ¡Quiera el cielo que permanezca loco siempre á este precio, y que, anciano, tenga todavía todas estas ilusiones que nos hacen tratar de aturcidos!

Creo que esta es una cuestión que el joven de-

biera colocar delante de todo, cuestión, es verdad, que no impedirá que su sueño se desvanezca, más, por lo menos, podrá guiarle y hacerle obrar con conocimiento de causa. La cuestión es esta: ¿Entre qué clase de mujeres debo elegir mi amante? ¿Será esta una hija de la alegría, una viuda, una virgen?—Me pedías realidad; el asunto viene por sí mismo y no lo puedo rechazar. Excavemos, pues, en el fango, amigo mío, y mostremos la casi imposibilidad de encontrar aquella que buscamos.

Puedo hablarte sabiamente sobre la moza de partido. A veces nos ocurre esta loca idea de hacer volver al bien á una desventurada, amándola y sacándola del arroyo. Creemos observar en ella un buen corazón, un último chispazo de amor, y bajo un hábito de ternura, tratamos de avivar la lucecilla y de convertirla en una hoguera ardiente. Por una parte nuestro amor propio está en juego, y nos repetimos cuantos bellós pensamientos son de estos casos: que el amor lava toda mancha; que se basta él solo para contrabalancear todos los defectos. ¡Ay! que todas estas fórmulas son bellas, pero ¡cuán engañosas son! La moza de partido, criatura de Dios, ha podido tener en su nacimiento todos los buenos instintos; sólo el hábito ha formado en ella una segunda naturaleza. No digo que estuviera siempre corrompida por carácter, pero la huella del libertinaje permanece; constantemente el bien ha sido vencido por el mal. Una ligereza sin ejemplo produce seguramente su volubilidad; pasa de un amante á otro sin echar de menos al primero, sin casi desear al otro. Por una parte hastiada de besos, fatigada de voluptuosidad, huye del hombre en cuanto al cuerpo; por otra sin ninguna educación, sin ninguna delicadeza de sentimiento, está como privada de alma, y no sabrá simpatizar con una naturaleza generosa y amante. Vé á lo que nos lleva algunas veces la fantasía de amar, á una criatura descarriada, intermediaria, en cierto modo, entre la mujer

y la hembra. Ahora, supón á un joven deseando domar á esta miserable criatura. La ha encontrado en un baile público, borracha, perteneciendo á todos. Algunas palabras sueltas la han herido, la lleva consigo y empieza la cura. Le prodiga mil caricias, le muestra dulcemente cuán maldita es la vida que lleva; después, pasando de la teoría á la práctica, quiere que cambie su comprometedor modo de componerse por vestidos más sencillos, más decentes, y sobre todo que ella le ame, se ligue á él y olvide poco á poco sus hábitos de baile y de café. Dejo sentado que nuestro joven no sea ni un tonto ni un celoso, que tome el asunto con habilidad y que no le pida una virtud perfecta desde los primeros días. Pero cualquiera que sea su amor, por grande que resulte sin fineza, puedo jurar que llegará á hacerse detestar. Se le llamará tirano, se le ofenderá de mil maneras, hablándole de tal ó cual amante más bello, más generoso que él, contándole mil y mil locuras, más sucias las unas que las otras, no hablándole más que de perversiones, de estupideces y de simplezas. De modo que, tras de tocar todas sus fibras sin conseguir nada, tras de prodigarle tesoros de amor sin despertar ningún eco, dejará debilitarse su ternura, y no pedirá á esta mujer más que un cutis suave y unos ojos bellos. Así es como terminan todos los sueños que despiertan en nosotros las mozas perdidas. Afortunadamente sacamos un excelente resultado de este amor mal entendido. Nos sentimos presas de un horror profundo hacia la perversión, y si todavía buscamos el vicio no es más que contra nuestro corazón y convencidos de que obramos mal. Probablemente crees que éste no es más que un caso particular y que contándote esta historia no me curo de hablar de la generalidad. Temo mucho conocer toda la especie entera por una sola muestra. Regla general: toda mujer de costumbres libres, adora á esos presumidos de café que la rinden, la menosprecian y la tratan mucho peor

de lo que merece. Con tal de que se las tire seda, monedas de veinte reales, que no se las fatigue demasiado con el amor ni con la moral, ellas pretenden estar persuadidas de que sois un bribón, un imbécil, de que las insultáis, hasta que cogéis un bastón. Pero que encuentren un corazón noble que trate de redimirlas por el amor, y que, ante todo, queriendo poder estimularlas, procure convertirlas en mujeres honradas, ¡Ah! de éste se mofan, le miran á veces por su dinero, pero no le aman jamás en el singular sentido que se da á esta palabra. De suerte que, por semejante observación, se llega á esta extraña fórmula: Amad á la mujer de costumbres libres y os menospreciará; menospreciadla y os amará.

Nuestro joven, después de haberse equivocado una vez, ¿se dirigirá á una viuda? Aquí me falta la experiencia y no puedo más que adivinar y decir mi propio gusto. Es, con todo, una observación la que hago: ¿de dónde viene que, á los veinte años, cuando soñamos con una amante, esta amante no es jamás viuda, es decir, una mujer hecha, antigua maestra en cosas de amor y con la cual no seríamos, probablemente más que unos aprendices torpes? ¿No provendrá este pensamiento de que nuestra amante debe recibirlo todo de nosotros, y, por otra parte, de esta timidez de niño que retrocede ante una experiencia más grande, de este exquisito sentimiento de celos del amante que quiere la rosa en todo su perfume para deshojarla fácilmente? Sea como fuere, la viuda no es el ideal de nuestros sueños; esta mujer libre, más lista que nosotros nos espanta. No sé qué presentimiento nos advierte de que, honrada, nos amará prosaicamente y sin amor al matrimonio, y ligera, hará de nosotros un juguete, que lanzará en seguida por otro. Preferimos probar la mujer entretenida, probar el vicio, como te decía hace poco, á tropezar con una virtud afectada; preferimos la mujer libre por una emancipación voluntaria á la que por un triste acciden-

te queda en una libertad, probablemente deseada; preferimos en fin, impulsados por nuestros buenos corazones, ensayar una buena acción, batirnos en nombre del bien contra la perversión, á amar á una mujer, desflorada también, y en la cual el amor no presenta ni las dificultades ni la poesía que el otro. Efecto de nuestros cerebros atolondrados, se me dirá. Es posible, lo repito: una viuda nos espanta y no la elegimos, sino rara vez para nuestra primer querida. Estoy por otra parte muy poco al corriente sobre estas señoras, y no afirmo que sea real lo que acabo de decir.

Queda la virgen, esta flor de amor, este ideal de nuestros dieciséis años, visión que será á la cabecera de nuestras camas la amante pura del poeta que le consuela en sus sueños dorados. La virgen, esta Eva antes del pecado, último rayo del cielo sobre la tierra, suprema manifestación de belleza, del bien, de la divinidad misma. ¡Ay! ¿Dónde está esta criatura divina, tan inocente, á la que no ha manchado el fango de los hombres, libre como el pájaro, que sólo obra por ella misma y obra siempre bien? Veo aquí y allá modestas pensionistas, frescas jovencitas de convento. Se me dan como vírgenes; quiero creerlo; pero es una maldad ridícula hablarme de virginidad física cuando pido virginidad moral. ¿Qué me importa que esas señoritas sepan hacer bien una reverencia, que ignoren ésto ó aquéllo, ni que tan estrechamente encerradas, ningunos labios de hombre se hayan posado todavía en los suyos? Lo que quería de ellas era la castidad del alma, el amor grande y bello, la libertad de acción, sin la cual no se llega más que á la hipocresía y al vicio, y aun cuando estas pretendidas cualidades, que no me importan, se me venden á peso de oro, se hace sonar alto á mis oídos los ojos bajos, el aire infantil y bobo de la joven muñeca; después cuando se me han detallado bien sus méritos, sin siquiera hablar de la cuestión de mi

amor y el suyo, sin que se me permita conocerla ni simpatizar con ella, se me grita en nombre de las buenas costumbres: «Señor, esto cuesta tanto; cátese desde luego, ustedes se amarán en seguida si es posible. Antes lo he dicho: establecemos la prostitución á pleno sol, pero ocultamos á todos los ojos la virginidad. De suerte que no pudiendo penetrar hasta el santuario, disgustados por la venalidad de los vendedores del templo, nos dirigimos al arroyo. La virgen para nosotros no existe; es como un perfume envuelto en triple envoltura que no podemos poseer sino jurando llevarlo siempre sobre nosotros. ¿Es, pues, tan asombroso que vacilemos en elegir á ciegas, temerosos de equivocarnos de saco y de adquirir uno que tenga un olor nauseabundo? Mi virgen ideal es libre ante todo; no es que sólo con esta condición pueda ser pura y exenta de fingimiento, sino que, sobre todo, así puedo simpatizar con ella, estimarla, amarla.

Tal es para mí la dolorosa realidad: la mujer de vida alegre está para siempre perdida, la viuda me espanta; la virgen no existe. Niegas, pues, el amor, me dirás, y has renunciado á encontrar una amante sobre la tierra. No niego el amor, y de nada desespero; sólo aguardo algún buen ángel, alguna rara excepción de las reglas que acabo de exponer. Sé perfectamente que sueño despierto, que mi sueño probablemente no se realizará jamás; pero hay un probablemente y esa es mi tabla de salvación. Me aferro á esta idea de posibilidad, y parto de aquí para hilvanar largas novelas donde todo es para el mayor bien posible y donde, cerca de mi compañera, me corro de rosas y me embriago de voluptuosidad celeste. Después, cuando mi sueño se desvanezca, dudo á veces de que esto sea un sueño, me parecerá que realmente habré sido el héroe de este poema. No pido otra cosa al cielo que me ha dotado de una imaginación bastante viva, para ilusionarme así. En mis horas de realidad, soy, además, bastante menos absoluto que otras

veces. Pido á mi amada que me ame solo durante el minuto que la tengo entre mis brazos; que sea graciosa para mí, que finja, sobre todo, más amor del que realmente tenga, y que desvanezca los sueños que puedo tener. Pero para decirte verdad, toda esta realidad presente me resulta odiosa; sólo la acepto, porque se impone. ¡Cuánto prefiero mis instantes de esperanza y de ensueño!

He cambiado de domicilio y mi nueva dirección es calle Nueva de San Esteban del Monte, número 21. Habito aquí un miradorcito ocupado en otro tiempo por Bernardino de Saint-Pierre, y donde él escribió, según es fama, casi todas sus obras. Una boardilla de buen augurio para un poeta.—No te extrañes mucho si guardo largos silencios; tengo grandes ocupaciones, trabajos imprescindibles: en primer lugar holgazanear, después trabajar en un largo poema que acabo de empezar, luego hacer un acto en prosa para un nuevo teatro que están haciendo en los Campos Elíseos, y por fin á correr de un lado á otro, para un empleo que solicito y que espero obtener bien pronto. Ya ves que sueño con una *posición*.

Cézanne debe venir á buscarme. Y tú, mi pobre viejo, ¿cuándo decides tu muy feliz viaje? Sigo esperándote para el mes de octubre, y estaré encantado de que cese este cambio de cartas, tan triviales frecuentemente y en las que nos decimos tan poco. Que esto, no obstante, no te impida contestarme pronto. Cuanto á mí, no dejaré pasar un mes sin escribirte, y entonces podré hablarte con más seguridad de mi situación material y moral.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Mis respetos á tus padres.

No he tenido nunca los ojos malos y no sé quién ha podido poner en circulación esta falsa noticia. Sólo el vientre me hace sufrir de tiempo en tiempo.

XVIII

París, 10 de agosto de 1860.

Mi querido Baille:

El poeta tiene dos armas para corregir á los hombres: la sátira y el canto, la carcajada de Satán y la sonrisa de Dios; la una juega y corrige desgarrando; la otra besa y mejora haciendo entrever el cielo. Me explico: el poeta satírico pone al desnudo al hombre y sus perversidades; le hace enrojecer y combate su vicio por su bochorno; el canto lírico, por el contrario, crea una quimera, un hombre ideal, le presenta al hombre real y vuelve á este último á la virtud por el color sublime con que la ha pintado. Así, pues, de un lado remover el fango, hacerle exhalar todos sus miasmas; del otro abrir los cielos y mostrarlos llenos de rayos y de perfumes. El fin, se me dirá, es el mismo; es posible, pero puesto que la experiencia no se ha decidido todavía por tal ó cual medio, puesto que me es permitida la elección entre el canto y la sátira, prefiero mucho más el canto. Creo al mismo tiempo, dejando aparte mi gusto, que los esplendores celestes son más á propósito que el infierno para convertir á los pecadores; que se me castigue en mi fango y es muy posible que salga de él, pero que se me muestre á mi vecino con la aureola en la frente y saldré todavía más pronto. Por otra parte, la sátira conduce á la hipocresía; se me acusa de tal defecto, lo oculto por todos los medios; es el miedo el que me hace obrar bien. El canto no podrá tener este resultado; me muestra el bien en todo su ideal, admiro, me siento transportado hacia Dios, por Dios mismo; mis vicios se desvanecen en relación á mi aproximación á la humanidad. Así, pues, el can-

tor lírico obra con mucha más pujanza y eficacia. Si ahora, dejando á la humanidad, considero al poeta y los resultados que tendrán sobre él sus propias obras, prefiero una vez más el canto. Cuando se remueve el cieno, quedan algunas suciedades en las manos; cuando á la aurora se divaga en el campo se vuelve perfumado de flores y de rosas. El poeta satírico, viéndose siempre al hombre por sus peores lados, acaba por sentir hacia él piedad, menosprecio, odio; su reír, al principio ridiculizador, se convierte en amargo, su deseo de corregir se cambia en el de flagelar, cuanto más avanza, el légamo es más profundo, y él se convierte en más duro y más despiadado; su último grito es una blasfemia. Es de una candorosa evidencia decir que el canto lírico no tiene que temer estos terribles efectos; no cantando más que lo bueno, lo justo y lo bello, no presentando al hombre más que espectáculos luminosos, se eleva á sí mismo tratando de elevar á los demás. Se me objetará, que se puede hacer á un hombre honrado con el empleo de la sátira. No lo niego; pero si es un artista concienzudo, si se está bien penetrado del asunto, y, sobre todo, si se cree lo que se escribe, es evidente que la sátira, no es en modo alguno á propósito para hacer amar á los hombres, y es claro también que el poeta se convertirá en taciturno y misántropo.

Para resumir, y al mismo tiempo para hacer comprender mejor mi pensamiento, te diré, que, según mi opinión, una lectura de Lamartine es mucho más fértil en virtudes que una lectura de Juvenal; el uno os transporta de un aletazo hasta el trono de Dios, el otro, como Dante, os hace desde luego pasar por el infierno. Añadiré—esto no puede ser aquí más que una hipótesis, pero una hipótesis basada en el sentido común y en la estricta deducción,—añadiré que Lamartine debe ser mejor que Juvenal, si se le juzga por lo menos por sus escritos, si se quiere decir que la obra deja siempre su surco en el alma del poeta,

en el uno la moral cristiana fecundada por sus cantos de amor, en el otro la intolerancia y la misantropía, que han debido, sin duda, ser origen y fuente de sus sollozos satíricos.

Después de lo que acabo de decir, no tengo necesidad de concluir asegurando que elijo el canto. No es que la sátira, la amarga ironía no estalle á veces en Lamartine; cada cual tiene sus horas de pesadumbre y descorazonamiento. El alma se quebranta no por los llantos sino por los sollozos y los gritos. Estos raros latigazos son entonces de tanto más resultado cuanto que sobresalen de la dulzura habitual; por otra parte, aun no teniendo ninguno, no se puede impedir que se trate de curar el alma herida. Pero cortar mi pluma y ponerme á ennegrecer al hombre sin querer escuchar razones, despojándole de sus raras cualidades y haciendo resaltar sus numerosos defectos, no será jamás de mi gusto. La sociedad, ya te lo he dicho con frecuencia, no está segura de lo que le hace falta, pero puesto que hay dos remedios para volverla al bien, que se use por lo menos el de resultados más seguros y el más inofensivo por sí mismo.

Hay otras consideraciones más elevadas que me harían aún elegir el canto; yo las sacaré á relucir en la idea que me he formado del poeta moderno. Que no se equivoque: el artista es un soldado; combate en nombre de Dios por cuanto hay de grande. No es como en otro tiempo un vano soñador, dejándose llevar por su fantasía, cantando por cantar y asociándose bien poco á los ecos que despierta su lira. En nuestros tiempos de materialismo, en nuestro siglo en el que el comercio lo absorbe todo, donde las ciencias tan sanas y tan grandes vuelven al hombre orgulloso y le hacen olvidar al sabio supremo, el poeta tiene una misión santa: Mostrar, en todo tiempo y lugar, el alma á los que sólo piensan en el cuerpo, y á Dios á aquellos en quienes la ciencia ha des-

truido la fe. El arte no es otra cosa; es un luminar esplendente que alumbró el camino de la humanidad y no una miserable bujía en el chiribitil de un poeta. No se agita solamente para hacer buenos versos; sino que hace que estos versos sean una sublime lección de virtud; en los dos casos se puede ser un gran artista, pero en el primero se sirve uno mal del fuego sagrado dado por Dios, y en el segundo se convierte en un discípulo, en un apóstol de la Divinidad. En efecto, ¿á qué se llama arte si no es á la perfección, á la sublimidad divina, á la divinidad misma? Dios, poesía: palabras sinónimas para mí. Vosotros, pues, que os llamáis artistas, que ensalzáis á Dios en vosotros ¿creéis que no habréis de dar cuenta del empleo de la santa chispa? El Maestro os puso sobre la tierra, como puso en otro tiempo á los profetas; el os colocó, faros luminosos, en la vía humana, para que indicaseis al hombre el cielo. Cantad, pues, y que vuestros cantos favorezcan á la humanidad; cumplid vuestra misión, sed apóstoles del progreso y decid que una lira es un arma y no un juguete. Si el arte no sirve para nada, si como se ha dicho á menudo los poetas no son más que brillantes inutilidades, digamos á nuestra vez que Dios no existe, que lo grande y lo bello son mentiras. Lo que yo quisiera hacer persuasivo es que el arte debe ser ante todo útil ya directa ya indirectamente; que es tan necesario á una sociedad como comer y dormir, sobre todo que es un beneficio de Dios, una estrella de los magos colocada sobre la frente del predestinado para salir del cenagal y guiar hacia el plano florido á la humanidad vacilante. Desde este punto, no se volverá la espalda cuando se hable de un poeta.

Colocando al arte tan alto, he elevado por lo mismo al poeta; cuanto más perfecto es el Dios, más tiende el pontifice á la perfección. El artista—poeta, pintor, escultor, músico—es un verdadero gran sacerdote. Le he comparado, á menudo con un profeta;

es la mejor comparación posible. Antes de la venida de un Dios, hay hombres, y estos son los profetas, tras su ascensión gloriosa, otros hombres, los artistas, lo recuerdan á los siglos siguientes; pero en el fondo, profetas y artistas son las mismas frentes marcadas por el dedo de Dios. No es, pues, artista el que quiere; la centella no cae más que sobre algunos elegidos. Pero es siempre glorioso ensayar; si falta el aliento ¿qué importa? Caeréis engrandecidos por vuestra audacia.

Dejemos á este mártir y hablemos del verdadero artista. Como es hombre, á pesar de su genio, puede equivocarse, empleando locamente la centella, como Alfredo de Musset de quien se puede decir honrosamente, que más tarde quemó cuanto había adorado y adora cuanto había quemado. O bien como V. Hugo, mezclándose en política, escribiendo sobre el suceso presente una obra que no tendrá sentido el día de mañana. O, en fin, como Lamartine que sólo habla del alma, de la humanidad en general; y aquí está el poeta usando bien de la llama sagrada. El artista debe dominar sobre las miserables consideraciones de un día; no debe convertirse en cantor del vicio, ni en el heraldo político de una época. La humanidad; he ahí su libro, he ahí su vasta carrera; que considere al Hombre y no á los hombres; que sostenga al frágil y dé valor al fuerte; sobre todo que nos muestre un Dios sobre nosotros, y nos dé, con un alma inmortal, la esperanza del cielo. El Evangelio es un libro eterno por el solo hecho de dirigirse á la humanidad entera y no á algunos hombres en particular. Tal debe ser el libro del poeta: verdad para todos, consolando y mejorando á cada uno; no por la imagen de tal ó cual sociedad, sino por la del género humano; no por el entusiasmo de una acción, de un sentimiento particular, sino por el canto de la virtud, de la libertad, del amor, etc., etc.; y para volver á mi punto de partida, no por la pintura de tal siglo corrompido, pero

por el esplendor eterno de los cielos.—He ahí, según mi opinión, la verdadera poesía, el verdadero poeta moderno, el hombre de progreso, el artista sublime sirviéndose dignamente de la lira, que Dios le ha confiado.

Hablo en general, no te equivoques. Un poeta, escribiendo como V. Hugo, *El último día de un condenado* no sale del camino trazado, puesto que se ocupa de una cuestión particular. No hay regla sin excepción indispensable.—Por otra parte, el ideal del poeta que trazo no puede ser el poeta real; la fantasía reina, siempre, más ó menos, en un cerebro humano; cada cual tiene sus extravíos, cada cual tiene sus horas de duda.

Ahora podrás preguntarme, puesto que me ocupo del arte, qué forma es la que creo mejor para llegar al objeto, qué género elegiría yo. A eso te responderé que todavía busco mi camino, que la mejor forma es aquella de que pueda uno servirse mejor. La idea, tal es lo principal; el resto no es más que una cuestión de estudio y de aptitud. Por otra parte, no creo, después de haber exaltado el artista, que ose tomar ese título; trabajo, nada más, tanteo, busco para llegar más fácilmente allá á donde sea capaz, y entonces solamente me atreveré á elevar la voz.—El drama es un poderoso móvil, porque se dirige á las masas, las enlaza, las corrige siempre un poco; pero hay también un gran inconveniente: escrito para la escena, pierde su prestigio para la lectura; sin actor, se parece á un arma sin pólvora; en una palabra, es incompleto y no dura más que un instante. Por otro lado mi espíritu no se presta á este género; no es, pues, el medio que puedo escoger. Prefiero el poema, novela ó verso; *Paolo*, mi última obra, será en cierto modo mi ensayo. En una serie de obras parecidas idealizaré alternativamente todos los nobles sentimientos; bien entendido, que trataré de ser más correcto, más artista, y al mismo tiempo más real. Estos no

son todavía más que proyectos; es probable que una mejor idea venga á impulsarlos. Ya hablaremos de ellos.—Más tarde te diré lo que pienso del verso; esta herramienta, esta materia tierna ó brillante, según la mano que la emplea; es para todos. El verso es el cuerpo de una obra y la idea el alma.

La otra tarde me encontré con un protestante y una vieja dama católica y devota. No sé bien por qué, me encontraba más expansivo que de costumbre; me dejé llevar, aventurando algunas de mis opiniones sobre la vida y especialmente sobre la religión. Mis dos oyentes no tardaron en clamar contra mí, cada cual predicando por su santo, y después se unieron para concluir á la vez que yo no era de ninguna secta religiosa. Me vi obligado á confesar que tenía razón.—En materia de religiones los pueblos están de acuerdo sobre la idea de Dios, para todos es siempre el mismo ser poderoso, justo y bueno; para todos, hasta cierto punto, es igual la idea de una vida futura de castigos ó de recompensas según los méritos. ¡Rara extravagancia! los judíos, los protestantes, los católicos, tienen la misma base religiosa: la Biblia; sus dogmas y su moral, están sacados del mismo manantial; la ley escrita es la misma, ¿de dónde viene, pues, la gran diferencia que los separa? Evidentemente de los comentadores, de las diferentes maneras de explicar el texto. ¡Si no es esto una lástima...! su Dios es el mismo, la manifestación la misma, y ahí los tienes matándose entre sí por una palabra mal definida. Cada uno de ellos conviene en el Sér Supremo, pero cada cual quiere tener el suyo; batalla de palabras antes que de ideas, puerilidades que obligan á alzarse de hombros. ¿Ha pedido Dios que se le adore de tal ó cual manera? ¿No le basta que se prosterne uno y le reconozca con el alma, su soplo divino? ¿Qué puede importarle el nombre con que le invoquemos, Jehovah, Dios, Allah, etc., etc.? ¿No es siempre el Creador, la inteligencia que rige al mundo? Su templo es

el Universo, y la plegaria más ferviente es para el la más agradable, no importa el nombre bajo el cual uno se la dirija.—Además, los comentadores, el clérigo, la clase sacerdotal, vé ahí la plaga; el hombre que sirve de intermediario entre su semejante y el cielo, hace de su Dios á su propia imagen, un sér celoso, pequeño y mezquino.—¡Fuera de la iglesia, te grita él, ponte en salud!—Es decir: fuera de los curas. «El Señor no escucha á nadie más que á mí, soy infalible y cuando hablo, es el mismo cielo el que habla. Encontráis bello ser virtuoso, creer en Dios, creer en el alma; si no os acogéis á mi ley, si no cumplís con las prácticas que os he impuesto, iréis nada menos que al infierno. Lo puedo todo sobre vosotros, yo, el ministro del Todopoderoso. Puedo ocuparme de política como de religión, restringir el pensamiento y la libertad con la cruz en la mano. Y si os movéis, si os revolvéis, os excomulgo delante del paraíso y de parte de todos los santos.»—Y no es de un clérigo en particular de quien hablo, hablo de todos. Está siempre un momento en cada sociedad donde reina la teocracia, donde el hombre falible y frágil gobierna á sus semejantes en nombre del cielo, y pone sus vicios y sus **mal**vadas acciones sobre la cuenta de Dios. Basta de clérigos entonces, nada tengo que hacer con ellos; la plegaria: tal es el único intermediario que acepto entre el Señor y yo. Basta de comentadores; tengo la idea de un Poderoso eterno y lo adoro sin querer sutílizar. En nuestros tiempos de examen filosófico, los que han matado la fe son los clérigos y los comentadores; los curas, sobre todos los católicos, nuevos embusteros, seres aparte en la sociedad, seres imposibles y contra el espíritu divino; los comentadores, los unos, demoleedores estúpidos como los llama Musset, arrancándolo todo sin edificar nada; los otros fanáticos, forzando las palabras y las frases con el pico y con las uñas, para crear una divinidad de fantasía. Pero, si se es tolerante si

se ha dejado á cada cual su Dios, el mismo para todos, sin exaltar el de uno, sin sobre todo demoler el del vecino, yo lo pregunto, ¿habrá muerto la fe? Y por otra parte ¿la fe en Dios está muerta? ¿No reconoce cada uno un Poderoso?, ¿no siente cada corazón generoso que su alma tiende hacia el cielo? Lo he dicho en verdad: lo que ha muerto, lo que está agonizante son los curas, los fabricantes de sistemas, los estúpidos fanáticos, los comentadores. Pero en tanto que la humanidad viva, pensará en su Creador y le adorará elevando los ojos al cielo. Cada secta religiosa tiene su profesión de fe; yo quiero hacer aquí la mía: «Creo en un Dios Todopoderoso, bueno y justo. Creo que este Dios me ha creado, que él me dirige aquí abajo y que me espera en los cielos. Mi alma es inmortal, y, dándome el libre albedrío, el Maestro se ha reservado el derecho de las penas y las recompensas. Debo hacer todo lo que es bueno, evitar todo lo que es malo y contar especialmente con la justicia y la bondad de mi Juez.» Ahora no sé si soy judío católico, judío protestante ó mahometano; sé que soy criatura de Dios y esto me basta.

Si se me preguntase si reconozco á Jesucristo como Dios, lo confieso, vacilaría al responder. Jesús es, para mí, esencialmente un legislador sublime, un divino moralista; si no es Dios, es uno de sus santos enviados. Porque si lo interpreto, pierdo desde luego la idea tan pura que me formo del Muy-Alto. Reconozco perfectamente que el Creador puede hacerlo todo con su poder; hasta dividirse, venir á la tierra y quedarse en los cielos. Pero vé aquí en muchedumbre á los curas y á los comentadores zamarreando á Jesús sobre su cruz, los unos declarándole infame, malvado, los otros Dios, y dando cada uno á sus palabras un sentido opuesto. Vacilo, mi razón humana es insuficiente, hace falta rechazarlo todo é inclinarse estúpidamente ante un Cristo de convicción y sufrir en su nombre las prácticas instituidas por los hombres. La razón, me

decía con frecuencia el capellán del colegio de San Luis, la razón es suficiente en materia religiosa, y no soy de su opinión; la fe ha sido inventada para las mujeres y para los niños. No quiero, pues, considerar al Cristo más que como el adivinador de los profetas, como un hombre señalado por el dedo de Dios, como el real sacerdote infalible que habla verdaderamente en su nombre. En todo caso, si él es en realidad hijo de Dios—observad que éste es el título que se le dió delante de Pilatos y delante de Herodes,—podrás del mismo modo tomarle en calidad de criatura de Dios; si es hijo de Dios, repito, le adoro en su padre. No es que me plazca negar su divinidad; si cristiano quiere decir discípulo de Cristo, tomo orgullosamente este nombre; sus preceptos son los míos, su Dios el mío. Es que esta divinidad me parece inútil, es que ha sido explotada por mis pesadillas: los curas y los comentadores, es que no tengo ninguna necesidad de que sea divino para amarle y venerarle. No es menos glorioso para mí en el cielo, no ha cumplido menos por eso su divina misión. Le ruego como á un santo, como al brazo del Señor sobre la tierra, como á su revelador. ¿No es bastante? ¿Son mis palabras blasfemias? Por otra parte soy tan ignorante en teología como en cualquier otra ciencia. Es posible que si estudiase volviera sobre estas opiniones; es probable también que negase con más firmeza: duda y ciencia son hermano y hermana. No importa; resumo y concluyo afirmando que adoro al Dios que Cristo nos ha revelado.

Te señalaba últimamente una palabra que me exacerbaba, la palabra *posición*; hoy es una palabra que goza de superioridad la de *un hombre distinguido*. Un hombre distinguido viste traje negro, corbata blanca, á veces un alfiler y una sortija de sello de oro; se expresa, poco más ó menos en francés; toma siempre la acera y se hincha hasta reventar cada vez que dice: *mi dinero*. Por otra parte, puede ser el más insigne

pícaro, el bribón más impudente, pero ¡qué diablo! inclinaos; es un hombre distinguido. Un hombre que no es distinguido es ese obrero que vive en un cuchitril; su blusa es negra, de trabajo, su corbata pende andrajosa; no sabe nada, el desventurado, ni siquiera leer; se desliza como una cosa inmunda por el fango de las calles, y lleva, así como el caracol, toda su fortuna sobre él. Verdad es que es un hombre honrado, que la miseria no le deja, que sabe sufrir y callar; pero ¡puf!—apartaos de él; no es hombre distinguido. ¡Si esto no es lastimoso! ¡Si no clama venganza!

Se me ha escapado una gran falta en mi *Paolo*, que Cézanne me dice haberte remitido. En la plegaria que termina el poema se encuentra este verso:

Y lanzar de tu pie en la hipérbole inmensa...

Yo quería decir parábola, figura geométrica, y no hipérbole, figura retórica. Tengo, pues, la obligación de reemplazar este infame alejandrino, por este otro:

Y lanzar de tu pie en su eclipse inmensa.

El último hemistiquio es un poco silbante; ¡tanto peor! Observación general: cada vez que quiero ocuparme de la ciencia ó de la historia, cometo enormidades. No tengo para mí más que mis sueños, mis imaginaciones y mi amor á la armonía; cada cual con su lote y, sin vanidad, no me lamento del mío.

Esta carta escrita desde hace bastante tiempo, esperaba una tuya para partir. Acabo de recibirla y de leerla fumando mi pipa.—No puedo contestarte hasta mi próxima; permíteme solamente que me disculpe de algunas acusaciones graves.—No es á S... á quien he amado, á quien amo probablemente todavía; es á la Aérea, un sér ideal que he visto por lo menos en sueños. ¿Qué me importa que una jovencita de aquí

abajo á quien haya cortejado una hora, tenga otro amante? ¿Me crees acaso tan loco para impedir á la rosa amar á cada mariposa que la acaricie?—No me hagas la injuria de pensar que rechazo la forma en poesía. Has tenido alguna pesadilla, eso es todo. ¡Yo renegar de la forma! ¿dónde diablo has pescado eso? Cuando á la crítica de *Paolo*, si la has escrito, guárdala; la discutiremos en el mes de septiembre. Cree únicamente una cosa: no he escrito un solo verso sin intención; será muy difícil suprimir ó agregar; ya te diré por qué y te rendirás á mis razones.

Mis respetos á tus padres, te estrecho la mano.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

XIX

París, 21 de septiembre de 1860.

Mi pobre viejo:

Anteayer por la mañana recibí tu carta y con la esperanza de poder darte una contestación decisiva, he esperado hasta hoy. Me resuelvo, por fin, á escribirte, aunque mi viaje no sea todavía cosa segura y no pueda fijarte la fecha.—Debes estar persuadido de ello: los obstáculos no dependen en forma alguna de mí, mi voluntad no entra en ellos para nada, y puede ser que sea más grande que el tuyo mi deseo de ir á distraerme una temporada bajo nuestro hermoso cielo. Si pudiese partir hoy, hoy partiría. Trabajo activamente para ir á estrecharos la mano, y si no me veis llegar, podéis decir que nada me sale bien.—Por otra parte tengo grandes esperanzas y, si no temiera causaros una falsa alegría, os contaría algo sobre mi ida.

Lo que temo es un retardo más ó menos largo, es dejar pasar los días de vacaciones. Escíbeme, pues, la

fecha de vuestra vuelta al colegio, cuánto tiempo piensas pasar en Aix, á fin de que fije el último día posible mi viaje. Pienso quedarme á vuestro lado quince días por lo menos y con tal de que tengas el tiempo libre no desespero de nada.—Te lo repito: mi viaje es casi una certeza. Podéis recibir cualquier día de estos una carta anunciándoos mi llegada. Pero lo que me desespera hoy es que nos desazonemos, vosotros y yo, es no poderos decir: id tal día á esperarme á la estación. No importa, tratemos de matar el tiempo en espera de esta afortunada carta que tendré tanta alegría en escribir como vosotros en recibir. Contéstame cuanto antes á lo que te pregunto, respecto al tiempo que durará tu libertad. Tu carta me encontrará todavía en París, y en el caso contrario, ¿qué os importa?

Dile á mi viejo Cézanne que estoy triste y que no quiero contestar á su última epístola; esta carta es para vosotros dos. Es casi inútil que me escriba hasta que la cuestión del viaje se resuelva. Que espere una carta mía, ya anunciándole nuestras largas conversaciones familiares, ya para decirle que reanudemos nuestras banales conversaciones por escrito.

Tengo que censurarte una cosa; censurar no es la palabra, pero no importa. Hace cinco ó seis semanas me anunciabas tus exámenes escritos y añadías que no tenías ninguna esperanza. Te creí y lo lamenté. Pero de ningún modo te veía declarado completamente admisible. Vé, pues, que empleé mis lamentos en vano. Hoy me escribes que has sufrido tus exámenes orales, y, como la primera vez, me aseguras que estás descontento y completamente desesperado. ¿Es que tengo que entristecerme de nuevo? Esto no sería ni lógico ni razonable. De la primera experiencia deduzco que no debo fiarme de los juicios que tú has formado sobre ti mismo, y que lo más cuerdo es esperar los resultados para llorar ó sonreír.—¿No te habrás hecho el razonamiento siguiente? Acabo de presentar-